

y lentamente cruza los brazos sobre el pecho,
como alguien que estuviese reclamando un derecho.

IV.

Años después, en una noche de mar, sombría
como el remordimiento de un crimen, se veía
un leño en que luchaba contra las convulsiones
de la ola, un cádaver entre cuatro blandones.

Tal desde Iberia á México el héroe regresaba,
á manera del dardo que retorna á su aljaba.

Como el Cid misterioso de las viejas historias
que hasta después de muerto supo alcanzar victorias,
Cortés dejó las playas de su nativo puerto
y atravesó los mares hasta después de muerto.....

TRIPTICO CRIOLLO.

I.

EL CHARRO.

Viste de seda: alhajas de gran tono;
pechera en que el encaje hace una ola,
y bajo el cinto, un mango de pistola,
que él aprieta entre el puño de su encono.

Piramidal sombrero, esbelto cono,
es distintivo en su figura sola,
que en el bridón de enjaezada cola
no cambiara su silla por un trono.

Siéntase á firme; el látigo chasquea:
restriega el bruto su chispeante callo
y vanidosamente se pasea..

Dúdase, al ver la olímpica figura,
si es el triunfo de un hombre en su caballo
ó si es la animación de una escultura.

II.

EL LLANERO.

En su tostada faz algo hay sombrío:
tal vez la sensación de lo lejano,
ya que ve dilatarse aquel oceano
de la verdura al pie de su bohío.

El encuadra, al redor, su sembradío;
y acaricia la tierra con su mano.
Enfrena un potro en la mitad de un llano
ó á nado se echa en la mitad de un río.

El, con un golpe, desjarreta un toro:
entra con su machete en el boscaje
y en el amor con su cantar sonoro;

porque el amor de la mujer ingrata
brilla sobre ese espíritu salvaje,
como un iris sobre una catarata.....

III.

EL GAUCHO.

Es la Pampa hecha hombre: es un pedazo
de brava tierra bajo el Sol tendida.
Ya á indómito corcel pone la brida,
ya lacea una res: él es el brazo.

Y, al són de la guitarra, en el regazo
de su "prenda," quejoso de la vida,
desenvuelve con voz adolorida
una canción como si fuese un lazo.....

Cuadro es la Pampa en que el afán se encierra
del gaucho, erguido en actitud briosa
sobre ese gran cansancio de la tierra;

porque el bostezo de la Pampa verde
es como una fatiga que reposa
ó es como una esperanza que se pierde...

Lo que dicen los clarines.

Los clarines suenan trémulos...
Los clarines suenan lánguidos...
Sus acordes brotan suaves, sus murmullos
brotan densos y sus gritos brotan ásperos...
¡Los clarines suenan roncós!
¡Los clarines suenan trágicos!

Se dijera que las notas de los épicos clarines
son los ayes de la raza, son las voces del pasado;
se dijera que las notas de los épicos clarines
vienen, llenas de penumbras y misterios y milagros,
de países muy distantes
y de tiempos muy lejanos...
Tales fueron los clarines españoles,
tales fueron los clarines españoles que sonaron
en las cumbres luminosas
y en los lóbregos barrancos,
en el hueco de las cóncavas guaridas
y en los picos de los Andes solitarios,
en las pampas indolentes,
en los ríos encrespados,
en las selvas lujuriosas,
en los valles, en las cuevas, en las cumbres y en los páramos...
¡Los clarines suenan roncós!
¡Los clarines suenan trágicos!

Ya pasaron las historias que eran cuentos de heroísmo,
las audacias que eran timbres, los ensueños que eran lauros,

los arranques imperiosos de la raza primitiva:
ya pasaron... ya pasaron... ya pasaron...
Y lo lloran los clarines
con acentos desgarrados,
entumidos todos ellos,
cual si fuesen grandes pájaros
que volviesen con las alas abatidas y los picos
llenos siempre de tristezas en el fondo de sus cantos ..
¡Oh los pájaros de bronce
que volaron y volaron y volaron,
por las tierras no sabidas,
por los mares no explorados,
por los mundos atractivos del misterio,
por los cielos tentadores del encanto;
y, al fin, viejos
y cansados,
vuelven llenos de nostalgias
y suspiros y cansancios,
á decirles á los hijos la epopeya de los padres
y á gritarles que los timbres y los lauros
ya pasaron para siempre ..
ya pasaron para siempre... ya pasaron!..
¡Los clarines suenan trémulos!
¡Los clarines suenan lánguidos!

En las noches polvorientas
y azuladas del verano,
la retreta de las plazas señoriales
insinúa los perfiles de pretéritos soldados;
porque evoca, sobre un fondo
de atambores palpitantes de entusiasmo,
á los gritos de los épicos clarines,
que unas veces suenan roncós y otras veces suenan lánguidos,
las figuras sugestivas
y los gestos legendarios,
que colmaran los asombros y gastaran las proezas
de Balboas y Corteses y Valdivias y Pizarros.....
Así el pueblo que se goza,
en las noches de verano,
con las músicas vibrantes de las líricas retretas,

siente en su alma repentinós arrebatos
y apetitos de aventuras
y deseos de otra vida y ambiciones de otro espacio,
cual se asoman en su nido
los polluelos de los cóndores temblando,
cada vez que, por encima de sus débiles cabezas,
invitándoles al vuelo, pasa un viento huracanado...
¡Es el viento huracanado de la gloria
el que ruge por encima de las plazas! Viento áspero,
viento henchido de fragores, es el viento
que desatan los clarines en el vuelo de sus cantos:
viento heroico que desdobra las banderas
y estremece las panoplias y sacude los penachos
y resuena en las vacías armaduras,
como un soplo de esperanza que viniese del pasado...
¡Los clarines suenan roncós!
¡Los clarines suenan trágicos!

En las noches nebulosas del invierno,
pensativos los soldados
se estremecen en la sombra de los lúgubres cuarteles,
cual fantasmas de otros siglos que sacuden el sudario;
y, á la hora del silencio,
cuando el sueño roza el párpado,
en sus lechos se acurrucan, mientras pasa por encima
una voz de clarín larga que se pierde en el espacio...
¡Cómo suena tristemente
la voz de ese clarín, llena de ternuras y de espasmos!
¡Cómo evoca los alertas...
los alertas prolongados...
en las noches inefables de las vísperas solemnes,
entre el frío de los cielos y el reposo de los campos!
¡Cómo trae á la memoria
los prestigios ya borrados,
los orgullos ya caídos en el alma, los ensueños
ya marchitos de la raza para siempre, los encantos
ya sepultos en el fondo de la vida, los delirios
de grandeza ya sin alas, los sangrientos desengaños! ..
¡Estos eran los clarines que sonaban
con el júbilo radiante de belígeros presagios,

los clarines que anunciaban epopeyas
 y pasaban por debajo
 de triunfales arquerías, en desfiles fragorosos,
 con la escolta de tres siglos y entre vítores y aplausos?
 ¿Estos eran?... ¿Estos eran...?
 Hoy, apenas, con gemidos siempre largos, siempre largos,
 cuando tocan el silencio de las noches militares,
 resucitan el milagro
 de las clásicas figuras y los gestos fabulosos
 que en la historia se acabaron para siempre... se acabaron....
 ¡Los clarines suenan trémulos!
 ¡Los clarines suenan lánguidos!

Un clarín dice las cosas
 nunca muertas del pasado ;
 —¡Oh ambiciones resonantes que atronaban las alturas!
 ¡Oh proezas de cien timbres! ¡Oh heroísmos de cien lauros!
 En el alma de los nietos
 de los héroes españoles hay tres siglos de entusiasmo...—

Un clarín dice las cosas
 del presente solitario:
 —¡Oh tristezas infinitas de las razas insepultas!
 ¡Oh fatigas sin remedio de los músculos gastados!
 En el alma de los nietos
 de los héroes españoles hay tres siglos de cansancio...—

Un clarín dice su pena
 y otro dice su arrebató,
 unos rugen y otros gimen,
 unos gritan esperanzas y otros lloran desengaños;
 y es así cómo en las músicas marciales
 con sus notas siempre llenas de nerviosos sobresaltos,
 que parece que llegaran
 de países muy distantes y de tiempos muy lejanos,
 unas veces los clarines suenan roncós
 y otras veces los clarines suenan lánguidos ..

Jorge Xavier de la Cueva

El Salto del Tequendama.

La quietud del lago,
 la emoción del río
 y la indiferencia de las altas nieves
 ponen viejas notas en los nuevos himnos:
 no la catarata, brindis fabuloso,
 brindis nunca oído,
 brindis resonante de un millón de copas
 que las cumbres vuelcan sobre los abismos.
 Es la nota única, es la nota nueva,
 que los primitivos
 no copiaron nunca...no copiaron nunca...
 dentro de la clásica onomatopeya de sus cantos líricos.

Una vez, en medio de una selva virgen,
 intenté en mis versos traducir los ritmos
 de un canto salvaje
 (de un canto salvaje que me ha perseguido
 obstinadamente
 días y semanas y meses y siglos);
 y cuando afanoso
 imite los ríos
 y fingí el jolgorio de las hojarascas
 y ensayé gorjeos y aprendí rugidos,
 hallé todo inútil,
 porque tales ritmos
 eran diferentes...eran diferentes...
 de los que yo oía dentro de mí mismo.

Hasta que, de pronto,
 (¡Salve, Tequendama, gran maestro mío!)
 contemplé y á un tiempo
 escuché el prodigio
 con que el Tequendama brinca en la sonora
 taza de un abismo,
 como si en el fondo la Naturaleza
 juntase sus manos para recibirlo...

El río se arrastra
 por los laberintos
 de rocas peladas que enseñan los puños
 y roncadas cavernas de cóncavos gritos,
 bajo la arquería de las verdes frondas
 que encorvadamente tiemblan sobre el líquido:
 es como un paseo
 solemne y tranquilo,
 con blandos murmullos que se desenvuelven
 en conversaciones llenas de suspiros.
 El río se arrastra
 sin otros ruidos
 que los de una cola que resbala apenas,
 majestuosamente, sobre las alfombras de un palacio antiguo...

Súbito, las aguas
 sienten un vahído,
 un presagio, un soplo de misterio y sombra,
 hálito de fieras, hálito de abismos;
 y, cobardemente,
 con el mudo asombro que sintiese un niño,
 ensanchan sus ribas, ahondan su cauce
 y forman un charco que yace tranquilo,
 bajo cien espumas todas inocentes
 como las sonrisas de un ángel dormido...
 Plácida apariencia
 la que tiene el río,
 dentro del estuche de cincuenta rocas
 en que sonriendo se detiene tímido;
 porque ve que pronto se abrirá la caja
 fúnebre...y entonces, lleno de martirio,

tiene aquel instante que es como el instante,
 siempre decisivo,
 en que toda el alma se recoge y piensa
 antes de sentirse valerosamente dentro del peligro ..

Y las aguas corren .. corren siempre...corren...
 Y en el elocuente cuadro del suicidio,
 entre las crispadas rocas que lo estrechan,
 se retuerce el río
 y da un latigazo de cólera al aire
 como una serpiente que un cóndor sacude prendida en el pico ..

Y tiembla la caja de música, tiemblan
 con temblor eterno desde el alto pino
 de la embocadura
 hasta la palmera del fondo del nicho,
 los peñascos tiemblan, las neblinas tiemblan,
 tiemblan los chispazos, tiemblan los ruidos;
 y es así, por eso, cómo se dijese
 que misericordia, bajo aquella mole, piden los abismos...

Neblinas, neblinas,
 neblinas como hechas de largos suspiros,
 se elevan del fondo y envuelven la mole,
 tejiendo un sudario muy leve y muy fino.

A veces un rayo
 de Sol cae en medio de aquel laberinto
 de nieblas y espumas, cual si alguien quisiese
 tocar las melenas de un monstruo con una varilla de vidrio...
 Y el Sol se abre paso...
 Toca el fondo mismo;
 y un gran arco-iris...dos...tres...bullen, saltan,
 desprenden del fondo sus trémulos círculos
 y al Sol van saliendo, como mariposas
 que abrieran sus alas de siete colores dentro del abismo...
 Y otra vez las nieblas sobre las espumas...
 Y otra vez el rayo de luz sutilísimo...
 Y otra vez los iris...Y otra vez las nieblas
 sobre las espumas...¡Cien veces...mil veces...hasta lo infinito!

Dijérase á ratos que, en un desposorio
de dioses antiguos,
el Salto es un ramo de blancas espumas
atado con cintas de siete colores en medio de un río...

Y el bosque, bajando
desde las alturas hasta los abismos,
es un cesto en donde se juntan las plantas
de todos los climas: palmeras y pinos;
y así es cómo el Salto, que cae en el fondo
del cesto florido,
está recorriendo monótonamente,
monótonamente, las cuatro estaciones, por todos los siglos ...

Ya ahora...ya ahora, traduzco en mis versos
(¡Salve, Tequendama, gran maestro mío!)
traduzco en mis versos el canto salvaje,
el canto salvaje que me ha perseguido
obstinadamente
días y semanas y meses y siglos;
y copio la nota
que los primitivos
no copiaron nunca...no copiaron nunca...
dentro de la clásica onomatopeya de sus cantos líricos...

LA MUSA FUERTE.

Placeme á un tiempo mismo los frutos y las flores:
el concentrado jugo, la perfumada esencia;
y en mi canción, por eso, de múltiple cadencia,
están todas las gracias y todos los vigores.

Me han dado los Virreyes sus líricos primores
y los Conquistadores su augusta refulgencia;
y así hay de verso á verso la heroica diferencia
que hubo de los Virreyes á los Conquistadores.

Confieso que, aunque yo amo las pompas coloniales,
á las más finas cuerdas prefiero los metales:
tal doy con mis clarines imperativas dianas;

y, entonces, sacrifico mis bellas baratijas,
como los viejos nobles que echaban sus sortijas
al bronce destinado para fundir campanas...